

Escrituras del padre



GLADYS FRANCO¹

DOI: 10.36496/N143.A3

GLADYS FRANCO / ORCID: 0009-0002-1035-0314

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

Este es un texto escrito en la confluencia de la literatura con el psicoanálisis. Trata de la relación entre el padre y su proyección en la construcción de figuras sobrenaturales, concomitante con la resistencia a aceptar el desconocimiento y la muerte. Freud se ocupó ampliamente de mostrar la apelación a lo sobrenatural como ejemplo de intolerancia a la falta de sentido trascendental de la existencia humana. En este escrito se recurre también a ejemplos literarios que, a través del discurrir ficcional o autoficcional, traman distintos planos de los afectos e ideales que afectan las figuras del padre y los vínculos entre hijos y padre.

DESCRIPTORES: PADRE / LITERATURA / RELIGIÓN / DUELO / HISTORIZACIÓN / MEMORIA.

ABSTRACT

This is a text written at the confluence of literature and psychoanalysis. It addresses the relationship between the father and his projection in the construction of supernatural figures, concomitant with the resistance to accept the unknown and death. Freud was widely concerned with showing the appeal to the supernatural as an example of intolerance to the lack of transcendental meaning of human existence. In this text, literary examples are also used, through fictional or autofictional, to weave different planes of affects and ideals that affect the figures of the father and the bonds between children and father.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
laletraescrita@gmail.com

tant with the resistance to accepting unknowing and death. Freud devoted considerable attention to showing the appeal to the supernatural as an example of intolerance toward the lack of transcendental meaning in human existence. This text also draws on literary examples that, through fictional or autofictional discourse, work through different layers of the affects and ideals that shape the figures of the father and the bonds between children and father.

KEYWORDS: FATHER / LITERATURE / RELIGION / MOURNING / HISTORIZATION / MEMORY.

1.

Una amiga me pide que acompañe la escritura que ha iniciado, cuyo centro argumental es el padre: una narrativa enfocada en la vida de su padre, que ha muerto hace poco tiempo. Comenzamos por evocar escritores y títulos, novelas, cuentos, poesía; textos que nos muestran las huellas del padre en quien escribe, hijos y padres conflictivos, padres perdidos y encontrados, padres idealizados. Verdades y ficciones.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo (García Márquez, 1967, p. 5).²

En *El porvenir de una ilusión*, Freud (1927/2009) escribió que Dios es una proyección de la necesidad de un padre todopoderoso «que protege al ser humano ante las dificultades de la vida». Cada generación ratifica esa necesidad de un padre todopoderoso, que se edita en la infancia y cuyos

2 Palabras de inicio de *Cien años de soledad*.

límites se van perfilando sin violencia, si el paso del tiempo y la experiencia lo permiten. Freud (1923/1986) analizará también la dualidad bien-mal, que nutre y sostiene las fabulaciones religiosas:

El demonio maligno de la creencia cristiana, el Diablo de la Edad Media, era, según la propia mitología cristiana, un ángel caído de naturaleza divina. No hace falta mucha agudeza analítica para colegir que Dios y Demonio fueron originariamente idénticos, una misma figura que más tarde se descompuso en dos, con propiedades contrapuestas. En las épocas primordiales de las religiones, Dios mismo poseía aún todos los rasgos espantables que en lo sucesivo se reunieron en una contraparte de él (pp. 87-88).

En *Tótem y tabú*, Freud (1913/2011) había propuesto relacionar la evolución de las creencias con lo observable en la organización de las neurosis: así como en el neurótico habla el conflicto —entre el deseo y la prohibición— que en su irresolución deviene síntoma, en la evolución de los ritos religiosos habla la culpa parricida: «El originario sacrificio del animal era ya un sustituto del sacrificio humano, del parricidio solemne» (p. 153). La violencia aparece signando la especie humana desde los orígenes, como requisito para la supervivencia, como afirmación de la identidad individual y grupal, como expresión de rechazo u odio hacia lo desconocido o diferente —donde es posible proyectar lo temido— y también como máscara, desmentida del desvalimiento.

Freud (1923/1986) agrega: «Admitamos ahora como un hecho que tampoco en el ulterior desarrollo de las religiones se extinguieron nunca los dos factores pulsionantes, la conciencia de culpa del hijo varón y su desafío» (p. 153). En esa formulación circular define el flujo de la vida que se organiza en la repetición: el nacimiento del hijo es la muerte del padre. En el mismo texto, Freud refiere a la ley del Talió, según la que «un asesinato solo puede ser expiado por el sacrificio de otra vida» (p. 155).

En el Antiguo Testamento, Isaac, hijo de Abraham, es ofrecido en sacrificio y en el Nuevo Testamento ese es el lugar de Jesucristo, cuya existencia aparece avalada por los cuatro evangelistas y el mito de su resurrección difundido en el inicio por Pablo de Tarso (50 d. C.), el más intenso y con-

vincente mensajero del cristianismo, que sería posteriormente santificado por la Iglesia católica. Jesucristo se agiganta en su cometido sacrificial y su muerte se lee *a posteriori* como la expiación de las culpas de los humanos dispuestos a creer en él: el hijo de Dios. El cristianismo, de hecho, es la opción religiosa más difundida en el presente en el mundo. Y dentro del cristianismo, la Iglesia católica cuenta con el mayor número de adeptos.

Todas las organizaciones religiosas promueven su crecimiento y promulgación, pero particularmente la Iglesia católica ha trabajado exhaustivamente con el objetivo de que la transmisión se expanda en todos los territorios conquistados, con métodos pacíficos y violentos, promocionando, no obstante, en toda circunstancia, su «mensaje de paz». La religión católica se sostiene sobre pilares dogmáticos inconciliables con la racionalidad, pero, al igual que las demás fabulaciones religiosas, aprovecha la brecha de ignorancia que hiere el narcisismo³ y ofrece la sutura de invenciones argumentales que colocan al ser humano en el centro del universo por designio de un dios omnipotente y omnisciente.

Las creencias no solo interfieren y con frecuencia bloquean las capacidades intelectuales de las personas, sino que muchas veces el refugio en los argumentos religiosos inhibe el desarrollo del pensamiento científico y la creatividad, senderos que habitualmente se gestan en la curiosidad, la insatisfacción y el anhelo de saber. Las religiones componen un discurso cerrado, dogmático («palabra de Dios»), bajo cuyo manto imaginario se refugian las personas creyentes para no aceptar los enigmas de la existencia y la muerte como el único final.

Las características y los objetivos de las religiones las ubican (a cada una y a todas) como incompatibles con la práctica psicoanalítica. Es frecuente que algunas personas prefieran no analizar una creencia religiosa que favorece la pertenencia a un determinado grupo y/o que les permite aceptar los golpes de la vida con más resignación, u otras razones que pueden convivir, escindidas de la racionalidad, sin ser necesariamente patológicas. Pero en el caso de que un psicoanalista adhiera y practique

3 Esta brecha podría sintetizarse en los porqués de una especie que desarrolla un cerebro relativamente grande en un planeta determinado que gira en la órbita de una pequeña estrella.

alguna religión, habría que pensar que no se ha analizado lo suficiente. Hay un límite infranqueable entre entender (freudianamente) las religiones como invenciones humanas, y tener prácticas de sumisión y pertenencia a colectivos agrupados por la creencia en dioses. La historia de François Roustang es un ejemplo de cómo los intentos de conciliación entre el psicoanálisis y la religiosidad solo pueden terminar mal.⁴

La prédica de quienes transmiten los principios religiosos propone, en forma explícita o implícita, bloquear las incertidumbres relativas al porqué de la existencia y delegar en una entidad superior la responsabilidad de todo aquello que no se comprende, en particular, la muerte, experiencia irrepresentable a la vez que ineludible. Para la mayoría de las personas, a lo largo de los siglos y cualquiera sea su lugar en el mapa, la vida implica múltiples sufrimientos, entre los cuales están la miseria y todas las formas de violencia. La idea de la muerte se concibe a veces como remanso pacífico cuando el sufrimiento vital se torna insoportable y entonces puede ser invocada como «descanso eterno»; la palabra de los religiosos trabaja una continuidad entre la vida y la muerte, despidiendo a los vivos con un «vaya con Dios» y a los muertos con «descanse en paz».

La palabra religiosa contiene la promesa de trascender la muerte, que solo tomará lo que conocemos y podemos definir como materia: el cuerpo, en tanto que «la esencia del ser» (el espíritu, el alma...) no morirá, sino que entrará en otra forma de vida. Esa alma o espíritu separado del cuerpo —y con base en complejos lazos y designios irracionales— se encontraría en relación con alguna forma de divinidad que asegura una trascendencia «más allá de la muerte».

En general, las agrupaciones religiosas no favorecen la crítica basada en el pensamiento lógico, sino que promueven el agrupamiento entre sujetos que piensan y sienten de la misma forma. Son instruidos en eso

4 Antes de ser psicoanalista, Roustang fue sacerdote jesuita, luego renunció al sacerdocio y contrajo matrimonio. Integró la Escuela Freudiana de París desde 1965 hasta 1981. Luego de apartarse de la Escuela Freudiana, continuó ejerciendo como psicoterapeuta. Convertido en desertor de la terapéutica por la palabra, volvió a instaurar la práctica de la «cura por la hipnosis». Falleció en 2016, a los 93 años. Estos datos fueron tomados de *La batalla de los cien años* de Roudinesco (1993).

que implica el reconocimiento de otro-semejante en quien comparte la creencia religiosa. Si ese otro se aleja de la creencia compartida, fácilmente se transforma en un enemigo, porque la fuerza de la creencia se apoya en un pensamiento único, no cuestionable, que es el cuerpo dogmático de cada religión. La unión en la creencia se certifica a través de las llamadas «escrituras sagradas», que lógicamente fueron escritas por hombres, pero se leen *como si* fueran escrituras sobrenaturales. «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza», leemos en el Génesis (1:26-27), el Corán dice que Alá modeló al hombre con unas motas de polvo y luego le insufló el sople de vida, y detalles más-menos; las diferentes religiones sintetizan en una resolución divina los procesos evolutivos del universo, el planeta, la humanidad y todo el «más allá». La tolerancia a la incertidumbre que necesariamente sostiene el pensamiento crítico para seguir avanzando en los caminos del conocimiento y la investigación científica no es una virtud valorada por las iglesias. Como prueba, alcanza con recordar a Galileo Galilei y a Giordano Bruno.

En las enseñanzas y prácticas religiosas las palabras tienen intención y efecto de unificación y dirección (de la atención, la creencia, la mirada y el pensamiento). En los rituales las palabras se repiten, muchas veces, acompañadas de gestos que permiten al otro —que no pertenece a la masa creyente— identificar de qué masa se trata. A veces los gestos sustituyen a la palabra y se automatizan como signo mágico (como un hechizo o conjuro que dará poder). Somos testigos de esas gestualidades en las iglesias y templos o en otros ámbitos; por ejemplo, en las transmisiones de fútbol, donde se puede observar que algunos jugadores al entrar a la cancha, al festejar un gol o antes de patear un penal hacen un signo de la cruz sobre su cuerpo (frente-pecho-hombro izquierdo-hombro derecho) que los identifica como católicos y otros que levantan los dos brazos mirando al cielo, gesto que identifica a cristianos evangelistas.

Los rituales, el léxico, los signos y la terminología religiosa se infiltran y permean la cultura del territorio donde determinadas religiones son o fueron predominantes, como se puede observar en distintos lugares del mundo, incluso en territorios declarados laicos, como sucede en Uruguay desde hace más de un siglo. Un ejemplo es el *Himno a Artigas*, de Ovidio

Fernández Ríos y Eurídes Santos Retali, popularizado en el ámbito de escuelas y colegios del país en la segunda mitad del siglo XX.⁵ Para quienes teníamos instrucción católica en internados, «el padre nuestro Artigas» que era «para la patria un Dios» se ensayaba todo el año y se cantaba el 19 de junio. El himno fusionaba las imágenes sagradas de la capilla con los padres que estaban lejos y esa fusión resultaba en una interpretación conmovedora: Artigas era otro padre, lejano, que había dado la vida por nosotros.

En *Moisés y la religión monoteísta* —ensayo que terminó en su exilio en Londres, en 1938—, Freud (1939/1986) reafirma que sus dotes de investigador trascendieron las teorías acerca de la organización psíquica individual y tomaron también la ruta de la historia de los orígenes del monoteísmo y del judaísmo, que volvía a ser objeto de una persecución explícita. En la primera mitad del siglo XX, Freud fue un judío más que pudo ser protegido de la muerte con el exilio. Aquel episodio de la infancia —el padre humillado en plena calle ante su mirada infantil— retornaba con el peso ominoso de la persecución nazi.

En ese contexto, volvió su atención a la historia de Moisés, su origen egipcio y sus dotes para la guía de un pueblo errante en búsqueda de su tierra y su dios. Moisés era un personaje familiar para Freud (1939/1986), por sus orígenes y por su interés en analizar los pilares sobre los que se edificaban las falsas creencias y los mitos. Pero también porque a su inteligencia de investigador sumaba la sensibilidad estética: había sido seducido por el *Moisés* de Miguel Ángel que lo recibía en cada viaje a Roma:

Ninguna escultura me ha producido un efecto tan intenso. A menudo he subido la empinada escalera desde el poco agraciado Corso Cavour hasta la solitaria plaza donde se encuentra la iglesia desierta, y he tratado de sostener la mirada despreciativa y colérica del héroe; muchas veces me deslicé a hurtadillas para salir de la semipenumbra de su interior como

5 «El Padre Nuestro Artigas / Señor de nuestra tierra / que como un sol llevaba / la libertad en pos / Hoy es para los pueblos / insignia de la gloria / Para la historia un genio / Para la Patria un dios...». Martín Buscaglia grabó una muy bella versión de este tema en su primer disco *Llevenlé* (Martín Buscaglia - Topic, 2017).

si yo mismo fuera uno de esos a quienes él dirige su mirada, esa canalla que no puede mantener ninguna convicción, no tiene fe ni paciencia y se alegra si le devuelven la ilusión de los ídolos (Freud, 1914/2011, p. 219).

2.

Mi amiga escritora interrumpe nuestras conversaciones porque viajará a esparcir las cenizas de su padre, que era católico, en un parque que fue especialmente significativo para él.⁶ Pienso ahora que el amor que la une a su padre irá grabando en ella, silenciosamente, palabras para volcar en su texto en proceso. Pensar el duelo por el padre me recuerda el inicio de un hermoso poema de Yehuda Amichai, cuyo primer verso eligió Abad Faciolince (2017) como acápite para su libro *El olvido que seremos*: «Y por amor a la memoria / llevo sobre mi cara la cara de mi padre».

Héctor Abad Faciolince nació en 1958 en Medellín, Colombia, y escribió su libro, una novela biográfica —centrada en su padre—, que publicó Seix Barral en 2005 por primera vez. El padre del autor, Héctor Abad Gómez, un médico, militante social y político, fue asesinado por un grupo de paramilitares en 1987. Ese asesinato fue declarado delito de lesa humanidad. *El olvido que seremos* tiende a confundirse en mi memoria con la novela de Antonio Skármeta (2011) *Los días del arcoíris*, que transcurre en el final del gobierno dictatorial de Pinochet, que se extendió entre 1973 y 1990, en el marco del Plan Cóndor que afectó Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. La novela de Skármeta, como la de Abad Faciolince, tiene como centro el padre del protagonista; en los dos casos, los padres son perseguidos por su oposición al régimen dictatorial vigente en ese momento histórico, en sus respectivos países, y el hijo es el relator-testigo. Estas dos novelas son muy diferentes en estilo y muy cercanas en la transmisión histórica y afectiva.

En *Los días del arcoíris* hay humor y esperanza (se anuncia el final de la dictadura) y el padre está vivo. *El olvido que seremos* es el proceso

6 La prohibición de cremar a los muertos, establecida por la Iglesia católica, fue revocada en 1963. Se admite la incineración siempre que no se elija como negación de la resurrección. Las cenizas deben conservarse en un lugar sagrado y no deben esparcirse.

elaborativo de una tragedia. El escritor tenía 28 años cuando asesinaron al padre y pasaron unos 20 años hasta la publicación de la novela, que está, en su mayor parte, redactada en tiempo pasado. Sin embargo, el relato del encuentro con el padre asesinado, el impacto de ese momento, está narrado en presente, porque seguramente es una escena que se ha repetido una y otra vez en su recuerdo, quién sabe por cuánto tiempo:

Corremos y ahí está, boca arriba, en un charco de sangre [...] Sé que le cojo la mano y que le doy un beso en la mejilla y que esa mejilla todavía está caliente. Sé que grito y que insulto y que mi mamá se tira a sus pies y lo abraza [...] Mi mamá le quita la argolla de matrimonio y yo saco los papeles de los bolsillos. Más tarde veré lo que son: uno es la lista de los amenazados de muerte, una fotocopia, y el otro, el epitafio de Borges copiado de su puño y letra, salpicado de sangre: “Ya no somos el olvido que seremos” (Abad Faciolince, 2017, p. 286).

La memoria construye y preserva recuerdos que unen a cada persona a quienes han dejado huellas en la memoria afectiva en su función de padres. En medidas variables, según las historias vividas o construidas y las particularidades de la compleja organización psíquica de cada persona, ligada a las vicisitudes propias, habrá amor, odio y conflicto con esos otros significativos, conflictos que podrán ser superados o no.

En este punto recuerdo la *Carta al padre* (Kafka, 1952) como un documento doloroso del fracaso del amor entre padre e hijo, de la que transcribo acá solo el primer párrafo:

Queridísimo padre: Hace poco me preguntaste por qué digo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe darte una respuesta, en parte precisamente por el miedo que te tengo, en parte porque para explicar los motivos de ese miedo necesito muchos pormenores que no puedo tener medianamente presentes cuando hablo. Y si intento aquí responderte por escrito, solo será de un modo muy imperfecto, porque el miedo y sus secuelas me disminuyen frente a ti, incluso escribiendo, y porque la amplitud de la materia supera mi memoria y mi capacidad de raciocinio.

Podrá haber rencores y rechazos alimentados a lo largo de la vida hacia padres y/o madres, y podrá haber simultáneamente amor, así como identificación con aspectos ideales y odiados de las mismas figuras. No siempre el hijo, tomado por el dolor y el rencor, podrá intentar tramitar el amor frustrado y su violencia en procesos sublimatorios creativos. Pero algunos escritores logran hacer con la memoria y los olvidos, con los recuerdos rechazados que vuelven en los deseos soñados y con la complejidad de los afectos generados en el vínculo con el padre testimonios que se convierten en ejemplo de las posibilidades de reparación y reelaboración de lo traumático, como es el caso del libro de Le Clézio (2007), *El africano*. Es una novela breve en la que no sobra ni falta un renglón; un exquisito y conmovedor relato de una infancia, dolorosa y doliente como muchas, y escrito con la esencia del niño que fue aturrido por las vivencias sensoriales y afectivas, excesivas, hermosas y terribles, que transmite e interpreta: «Ahora, al escribirlo, lo comprendo. Esa memoria no es solo la mía. Es también la memoria del tiempo que precedió a mi nacimiento [...] La memoria de las esperanzas y de las angustias de mi padre, su soledad, su desamparo» (p. 134).

El retrato del padre en esa narración es también retrato de un contexto histórico muy complejo, que abarca los intereses intervencionistas de las potencias europeas en África, la Segunda Guerra Mundial, la posguerra y sus secuelas. Pérdidas que marcan al padre y al hijo, historia escrita con la magia de una pluma excepcional que narra con precisión, tanto la alegría y la imprudencia infantil como la dolorosa asunción de la frustración y desilusión que van transformando la imagen paterna, al tiempo que la libertad de la sabana africana idealizada se transforma en escenario de violencia y sometimiento.

Y así, prototipos de vínculos padre-hijo atraviesan la historia y la literatura, repitiéndose, traspasando barreras temporales y geográficas, deviniendo clásicos. A los psicoanalistas nos es familiar Edipo, personaje tomado por Freud de la tragedia homónima de Sófocles, que se inicia con su nacimiento, signado con la predicción de que «el hijo matará al padre»; predicción determinante de que Layo, queriendo cambiar el futuro, mande matar a su hijo. Pero lo irreductible del destino se cumplirá de todas maneras: la tragedia se desarrolla con la sustitución del filicidio por el parricidio y la consumación del incesto que sorteará los obstáculos para satisfacerse.

Edipo es el paradigma del culpable-inocente, puesto que tanto el incesto como el parricidio son consumados en la ignorancia, que no radica exclusivamente en el desconocimiento de que Layo y Yocasta son su padre y su madre, sino que se maximiza en el hecho de no saber quién es él. El dislocamiento de su ser lo ha provocado Layo, el padre, al ordenar que Edipo sea muerto para que no llegue a ser su asesino. Por esa predicción, Edipo se constituye también en paradigma del hijo temido, no deseado.⁷

La muerte preventiva del hijo se encuentra ya ilustrada en el Antiguo Testamento con «El sacrificio de Isaac» a manos de su padre, Abraham. Un sacrificio que es instado por Jehová para probar la fidelidad de Abraham. A Jehová le basta ver a su siervo, cuchillo en mano, pronto a cortar el cuello de Isaac, para detener la prueba y darse por satisfecho. Dada la lectura unidireccional y naturalizada que reciben las escrituras sagradas, el sacrificio de Isaac es un episodio bíblico popularizado de una forma que acentúa la virtud de la inocencia en Isaac y la virtud de la reflexión en Abraham (poco o nada se dice de la envidia, el odio y el goce del padre al dibujar en el rostro del hijo ese terror que, como nadie, plasmó Caravaggio).

El acervo mítico de la humanidad reúne innumerables historias de violencia, narraciones orales, en principio, a las que la «escritura sagrada» asignará sentido dramático *a posteriori*; tragedias repetidas desde los primeros pasos de los humanos nucleados en pro de la supervivencia, tragedias de aprendizaje, como la familiarización con el sueño del que no se despierta, la lenta comprensión de algunos misterios de la naturaleza y la necesidad de atribuir a figuras más poderosas el conocimiento de los enigmas de la existencia.

7 Este punto es trabajado por Recalcati (2020).

3.

Hace años, a poco de inaugurar mi consultorio de psicoanalista, recibí a un hombre, en la cuarta década de su vida, con la solicitud de algunas entrevistas para ver si podía resolver *un conflicto de pareja*: su mujer quería tener un hijo y él no. Había logrado posponer una decisión al respecto, *pensando que tal vez, cuando fuera más grande*, la idea de la paternidad le resultaría atractiva. Pero eso no había sucedido y le preocupaba la posibilidad de *tener que separarse*. Cuando pregunté por su familia de origen, rompió a llorar con desconsuelo. Su padre había muerto hacía apenas dos años, una muerte violenta e inesperada. Resalté en cursiva lo que podría definir como ejes de aquel análisis que fue develando fantasías catastróficas en relación con la idea de convertirse en padre, porque ser víctima o asesino se presentaban como únicas alternativas... (Alguna vez pensé que si escribiera sobre ese paciente le pondría un nombre bíblico).

El padre, el hombre, la persona, su recuerdo, las mentiras y los trazos de verdad en la memoria ocupan un enorme espacio en la literatura universal, así como en la novela personal de cada sujeto que puede pensarse y pensar el pasado, los orígenes, el deseo que precedió y habilitó su existencia. La literatura, con las líneas que los autores usan para crear sus personajes, sus ficciones y sus autoficciones, nos habilita a construir-reconstruir nuestra propia novela, agregar, quitar, sacar elementos turbios o tiernos del recuerdo mentiroso y/o de la verdad fuente de desconfianza: ¿qué me pertenece?, ¿qué es —era— de otro? Toda pregunta sobre los orígenes contiene fantasmas que la historia se encarga de mantener vivos, aunque cambien de nombre según las diferentes geografías que diversifican mitos de los orígenes.

Los padres mueren y con su muerte a veces se cierran las respuestas a incógnitas que ellos sabrían o podrían iluminar. Detrás o al costado del dolor del duelo hay enojo con el padre o la madre que sale de escena antes de tiempo, que nos deja en esa orfandad para siempre. Ya nadie nos recordará niños.

La última frase presuntamente pronunciada por Jesucristo en el martirio de la crucifixión es un reproche: «¡Padre! ¿Por qué me has abandonado?». La Iglesia católica interpreta la protesta de Jesús como una prueba de

asunción de los pecados de la humanidad que pesan sobre él. Si desligáramos la escena y la frase del ámbito de una iglesia, ¿acaso en esencia no son esas las palabras que dicen las personas cuando tienen conciencia de estar muriendo? «¿Por qué yo?», «¿por qué a mí?». Y a veces hay un reclamo a una figura en particular: En el final de *2001: Una odisea del espacio* (Kubrick, 1968), HAL 9000, totalmente humanizada al momento de ser desconectada, dice «mamá».

4.

Es el proyecto de escritura de mi amiga lo que me ha instado en los últimos meses a la exploración o relectura de lo que llamo «novelas del padre». Pero ¿cómo formalizar la elección de los textos? Los lectores seleccionamos autores como favoritos y dejamos que nos permeen con sus historias, y muchas veces iluminamos fragmentos de ellas y los hacemos propios, sin afán consciente de robar, sino por aquello que lo inconsciente habilita: el deseo y la identificación con el otro, como hacemos a lo largo de la vida apropiándonos de aquel gesto, aquella cadencia del decir o aquella sonrisa de la madre, del padre o de otras personas significativas.

La elección de textos con la palabra *padre* como referencia empieza siendo una búsqueda y termina en una agrupación arbitraria, guiada por gustos y asociaciones personales. La relectura de *La invención de la soledad*, de Auster (2024) —originalmente publicado en 1982, ejemplar de ese momento bisagra en la vida de todo hombre: enterrar al padre-dar vida al hijo—, me parece fundamental e ineludible, naturalmente porque es un autor que me gusta mucho y ese es uno de los libros que he leído más de una vez. Cuando hace algunos años vi una foto de Auster con su esposa, la escritora Siri Hustvedt, y una niña, hija de ambos, pensé: ¿dónde está Daniel? Busqué a Daniel Auster en internet y tuve la información de la terrible historia del niño que había conocido en *La invención de la soledad*, que estaba muerto hacía ya unos cuantos años. (La violencia de esa historia —vida y muerte de Daniel Auster— me lleva a dudar de mi ausencia de recuerdo: quizás lo desmentí...). La amiga profesora, con quien comenté el «descubrimiento», me sugirió leer *Todo cuanto amé*, de Hustvedt (2003), donde la autora expone la vida y el sufrimiento de un padre, un artista

exitoso (personaje inspirado en Paul Auster), que es testigo desesperado del camino de autodestrucción que toma su único hijo varón.

Como supimos por la lectura de *La invención de la soledad*, la novela familiar de Auster (2024) estuvo construida sobre el intento de ocultamiento de un crimen, que derivó en la agrupación de la familia en un clan nómada, aunado en el silencio. ¿El crimen intrafamiliar podría haber actuado su ominosa reaparición en la tercera generación...?

El padre es una figura de hombre que se proyecta en el pasado como predecesor y en el futuro en el hijo. Un posible padre. Cadena de la vida y ancla de la memoria, de los ideales y de los rechazos, que une y marca destinos, amores, deseos y repudios, en el tamiz de lo que serán las identificaciones. El padre es uno de los pilares en que se apoya la construcción interminable de la novela personal: la historia propia, construida y reconstruida, tiene un eje en la figura del padre y escribir a partir de él es una manera de retenerlo, recordarlo y también, a veces, suavizar los bordes filosos del sentimiento de ser abandonado.

Para algunos autores como Liscano (2019), escribir fue en el inicio un recurso de supervivencia en 13 años de cárcel. En ese lapso también quedó huérfano. Primero, en 1976, murió la madre, a los 45 años. Dos años después, el padre:

El miércoles 13 de diciembre de 1978 volvieron a sacarme de la celda, un día y a una hora que no tenía ningún sentido para mí. Caminé entre dos soldados hacia el locutorio. Iba sintiendo lo que me esperaba. Un amigo de la familia entró al locutorio: “Tu padre”, me dijo. No necesité que me dijera más, con esas dos palabras entendí todo. Se suicidó, me dijo (p. 116).

«La literatura es la capacidad de hablar de nuestra propia historia como si fuera la de otros y de la de otros como si fuera la nuestra», dice Pamuk (2007, p. 22) en *La maleta de mi padre*, texto que leyó en ocasión de recibir el premio Nobel de Literatura en 2006. Ese pequeño libro es un hermoso ejemplo de condensación de las mejores formas de transmisión del amor entre padre e hijo, precisamente en ese complejo momento en que ambos personajes son conscientes de que la entronización del hijo coincidirá con la muerte del padre. La maleta es, literalmente, una valija

que el padre entregó al autor, repleta de manuscritos personales, de diversa índole, dos años antes de morir, y que estuvo un tiempo allí, sin ser abierta, en el rincón del escritorio en que el padre la había dejado. Más adelante, en el texto, Pamuk enlazará las razones por las que escribe con el hecho de que fue el padre quien apoyó sin condiciones su decisión de ser escritor antes que cualquier otra profesión. En 2006, cuando fue a recibir el premio Nobel, el padre ya había muerto y el escritor terminó su discurso diciendo con sencillez una frase con la que muchos huérfanos podemos identificarnos: «Me habría gustado mucho que mi padre estuviera hoy entre nosotros» (p. 44). ♦

REFERENCIAS

- Abad Faciolince, H. (2017). *El olvido que seremos*. Alfaguara.
- Auster, P. (2024). *La invención de la soledad*. Booket.
- Freud, S. (1986). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 3-132). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939).
- Freud, S. (1986). Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 67-106). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2009). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 3-55). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (2011). El Moisés de Miguel Ángel. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 13, pp. 213-241). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (2011). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 13, pp. 11-162). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Sudamericana.
- Hustvedt, S. (2003). *Todo cuanto amé*. Anagrama.
- Kafka, F. (1952). *Carta al padre* [Versión ePub digital preparada por Titivillus].
- Kubrick, S. (Dir.). (1968). *2001: Una odisea del espacio* [Película]. Metro-Goldwyn-Mayer.
- Le Clézio, J. M. G. (2007). *El africano*. Adriana Hidalgo.
- Liscano, C. (2019). *Los orígenes*. Fin de Siglo.
- Martín Buscaglia - Topic. (2017, 10 de marzo). Himno a Artigas [Video]. YouTube. <https://youtu.be/43x6toiQKCQ>
- Pamuk, O. (2007). *La maleta de mi padre*. Mondadori.
- Recalcati, M. (2020). *El secreto del hijo*. Anagrama.
- Roudinesco, E. (1993). *La batalla de los cien años: Historia del psicoanálisis en Francia* (Vols. 1-3). Anagrama.
- Skármeta, A. (2011). *Los días del arcoíris*. Planeta.